

Antonia García Luque (coord.)

Coeducación y masculinidades

Hacia la construcción de sociedades
cívicas y democráticas

Colección Universidad

Título: *Coeducación y masculinidades. Hacia la construcción de sociedades cívicas y democráticas*

Primera edición: octubre de 2021

© Antonia García Luque (coord.)

© De esta edición:

Ediciones OCTAEDRO, S.L.
C/ Bailén, 5 – 08010 Barcelona
Tel.: 93 246 40 02
octaedro@octaedro.com
www.octaedro.com

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-18819-62-9

Maquetación: Fotocomposición gama, sl
Diseño y producción: Octaedro Editorial

Sumario

Introducción	9
ANTONIA GARCÍA LUQUE	
1. Por una masculinidad feminista (más allá de los géneros)	19
ISABEL BALZA MÚGICA	
2. Notas para desbordar en educación el cuerpo sesgado	25
ANTONIO TUDELA SANCHO	
3. Masculinidades a través de los ojos del alumnado y del profesorado	33
M.ª PAZ ELIPE MUÑOZ; M.ª DEL CONSUELO DÍEZ BEDMAR; ALBA DE LA CRUZ REDONDO	
4. Modelos y estereotipos masculinos en la historia escolar: análisis de libros de texto	81
CAROLINA ALEGRE BENÍTEZ	
5. Desarticular las masculinidades tóxicas desde la práctica docente	99
ANTONIA GARCÍA LUQUE	

Notas para desbordar en educación el cuerpo sesgado

ANTONIO TUDELA SANCHO

Se cumplen ya tres décadas de *La construcción del sexo* (*Making Sex*), obra en que Thomas Laqueur demostraba, entre otras cosas, que la concepción moderna de los dos sexos va ligada a un imaginativo proceso histórico aún abierto, con claras consecuencias tanto epistemológicas como políticas. En las prácticas de lo cotidiano, de la vida, la diferencia sexual (ya sea biológica, ya sea cultural: en este sentido no debemos caer en la trampa de establecer una distinción dual sexo/género, si no resuelve cosas) es producto de una compleja trama discursiva al servicio de un modelo jerarquizador, dominante, identitario. Que habitamos cuerpos sesgados desde la heteronorma social masculina es evidente, el problema será cómo deshabitárselos o, mejor, cómo desbordarlos, dado que no basta con declaraciones personales, al pertenecer aquél habitar a la esfera propiamente política.

Esfera que, desde luego, compete y concierne a la educación, tecnología social tradicionalmente vinculada al sistema de dominación heteropatriarcal y su construcción binaria de identidades, a su organización jerárquica destinada a naturalizar la sujeción de un sexo por otro, a la preeminencia histórica de determinadas lecturas y de determinadas ideas sobre otras (Jean Jacques Rousseau¹ sobre Poulain de la Barre, pongamos por caso). Pese a

1. Tal vez la influencia de Rousseau, o de Locke, entre otros renombrados filósofos modernos que dedicaron tiempo y esfuerzo a teorizar la educación infantil, precise aún de mucha contextualización que elimine anacronismos complejos, en tanto que naturalizados desde hace décadas. No hay que olvidar que estos «padres» de la pedagogía

lo cual, hay también que destacar las posibilidades de la educación para conformar otros modelos y otros espacios que permitan la libertad, la igualdad y el establecimiento de relaciones democráticas entre los cuerpos.

No resulta sencillo pretender en pocas líneas un mínimo equilibrio entre ambas miradas, dado que recurrir –como es indispensable hacerlo– a una genealogía histórica de la noción moderna de educación, sus teorías, sus prácticas, sus modos políticos de establecimiento, no resulta un ejercicio placentero, por así decirlo, y buena parte de los juicios, prejuicios, percepciones y (buenos) deseos que en la pedagogía, la ciencia y la política educativa actuales alientan la tendencia a simplemente pasar página y proyectar sin más un presente-futuro venturoso no dejan de ser eso mismo, aspiraciones positivas, biempensantes, atrevidamente proactivas y, en ocasiones, algo cándidas o ingenuas. Curiosamente, no suelen ser la teorización académica ni el cuerpo técnico de la administración educativa los que esbozan una imagen sombría del sistema general por el que se transmiten saberes, conocimiento y técnicas de subjetivación entre generaciones, sino más bien la literatura, el arte de la escritura ficcional: no será extraño encontrar expresa la idea de que la enseñanza familiar y escolar resultan por completo ajena a la vivencia cotidiana.² Aunque es este el territorio en que indefectiblemente nos movemos, de manera que será inevitable que, con la mirada puesta en los límites del sistema, establezcamos relaciones, negociaciones, búsquedas intersticiales con el fin de creer y crecer, al modo en que Deleuze reclamaba décadas atrás toda una epistemología del «entre», la única extensión posible de las cosas: por el medio.

moderna cumplían funciones preceptoras de las clases poderosas de su tiempo (el lienzo romántico de John Hoppner *The Bowden Children* bien podría ilustrar, allá por 1803, las relaciones de género entre Emilio y Sofía), que sirvieron luego como modelo incontestado para articular la diferencia sexual normalizada y general infantil, tanto en los entornos familiares como en la enseñanza regulada y obligatoria desde mediados del siglo XIX –la Ley Moyano, pongamos por caso en España–, por no hablar del imaginario popular que llega hasta nuestros días (evidentemente, la invención moderna de la diferencia sexual va íntimamente unida a los dispositivos disciplinarios de dominación clasistas, económicos, raciales, patriarcales, coloniales, etc., y sus múltiples derivas simbólicas es algo que va de suyo en esta historia, aunque aquí no podamos sino apuntarlo).

2. No es necesario remontarse a los recuerdos de Antonio Machado. Recientemente, Mircea Cărtărescu ha recuperado este conocido hilván tradicional en su monumental novela *Solenoide*; véase, por ejemplo la p. 525 de la trad. castellana.

En cuanto a la escuela, al ámbito escolar en sentido amplio, reconocer los límites implica rehusar toda explicación candorosa. Como ha señalado certeramente Eduardo de la Vega (2014), la escuela se parece cada vez más al reino del «como sí»: en ella se hace como si se estudiara o como si se incluyera, cuando ya poco enseñan sus espacios, como tampoco incluyen, o no al menos en la medida de las proclamas y promesas grandilocuentes. Podríamos llevar tal sospecha al terreno de la percepción y la multiplicación de los roles de género, preguntarnos por la evolución en los últimos años de los dispositivos de enunciación de la diferencia sexual, de la transformación de la llamada masculinidad. Si asumimos (como hizo Germán Labrador en 2017, y antes la compilación de Mérida y Peralta, 2015) que en la España de los años setenta, en el contexto mítico de la llamada «transición», se dio un proceso socialmente transversal de experimentación de nuevas masculinidades con rasgos machistas suavizados que, si bien no lograron proponer una democratización colectiva de los roles de género, al menos algo contribuyeron al colapso del modelo anterior, las interrogantes que podríamos plantearnos hoy van de suyo: ¿se ha conseguido en estos años (casi cuarenta y cinco –que se dice pronto– nos separan de la legislatura constituyente) consolidar logros y avanzar en tal proceso? ¿Hemos logrado deconstruir la urdimbre hegemónica del machismo precedente? ¿Hemos trasladado adecuadamente dicha tarea en clave actual a lo que Foucault denominaba «el problema de la instrucción» de la infancia, el clásico «problema de la pedagogía»³ de la era moderna? Parafraseando de nuevo a Eduardo de la Vega, ¿ha sido posible commover la escuela y adelantar una pedagogía y una política de las diferencias, un proyecto emancipador institucional con resultados claros y socialmente evidentes? ¿O, por el contrario, no hemos dejado de movernos en el reino del «como sí», hasta el punto de volver compatibles discursos, sensibilidades, prácticas y mentalidades en gran medida opuestas entre sí? Responder a estas preguntas, entre otras, forma parte, como se verá, de los propósitos de este proyecto.

Abordar en la enseñanza temas de género implica asomarse a un «des-borde», explorar, como bien intuyó a mediados de los

3. Los lugares en que Foucault desarrolla el tema en su obra de los años setenta son múltiples, pero un buen referente puede encontrarse en sus cursos en el Collège de France correspondientes a 1977-1978, publicados bajo el título: *Seguridad, territorio, población*. Véase, por ejemplo, la p. 110 y las pp. 268-269 de la trad. castellana.

años noventa Jacques Derrida (*Aporías*) experiencias del borde, de los límites, de las fronteras o de la línea del borde –*borderline*– entre múltiples denominaciones, ante todo dos que aquí nos interesan: el *cuerpo propio* y la *diferencia sexual*. De manera implícita, es precisamente esta linde, este quiebre o borde desbordado, saturado por la tradición moderna, el que ha servido a Paul B. Preciado, en un texto reciente y enormemente combativo con algunas de las aún vigentes y más vigorosas representaciones de dicha tradición, para afirmar el carácter netamente ficticio de las orillas bordeadas: tanto el cuerpo propio como la diferencia sexual y todas las formas posibles de relación amorosa (heterosexuales, homosexuales, más o menos normales, más o menos patológicas) no son más que grandes artefactos políticos de ficción que hemos construido colectivamente. La masculinidad y la feminidad normativas, las nociones mismas de *heterosexualidad* y *homosexualidad* como fueron creadas en el siglo XIX, solo son convenciones históricas institucionalmente legitimadas, artefactos culturales, sociales, médicos, políticos y pedagógicos, nociones que tomaron la forma de nuestros cuerpos hasta el punto de identificarnos con ellas: de lo que se trata ahora es de comprender que han entrado en un proceso de derrumbamiento (o, si se prefiere, deconstrucción) sin solución de continuidad y del que formamos parte. Mientras no encaremos tal proceso de demolición, la brecha, el límite o borde asumirá las formas de verdaderas jaulas⁴ identitarias entre cuyos barrotes binarios (lenguaje, relaciones de poder, categorías normativas) consentiremos en prolongar una farsa histórica y vivir un encierro voluntario. De una u otra forma, Preciado desarrolla las tres ideas que acabarán con (el desbordamiento de) tales jaulas: 1) la diferencia sexual no es naturaleza ni orden simbólico, sino una epistemología política del cuerpo que obedece a leyes históricas cambiantes; 2) esa epistemología binaria y jerarquizante, base de los conceptos de *masculinidad* y de *feminidad*, entre otros, entra en crisis a mediados del siglo XX, no solo a causa de los movimientos feminis-

4. No resulta extraño que Preciado recurra a nociones como la de «jaula», dado que su informe para una academia de psicoanalistas (dedicado, por cierto, a Judith Butler) remeda, recuerda y homenajea el conocido relato de Kafka de hace un siglo, *Informe para una academia* (*Ein Bericht für eine Akademie*, 1917), por si aún tuviéramos dudas acerca de la naturaleza *kafkiana* de nuestro mundo en general y de nuestras instituciones culturales en particular.

tas y disidentes, sino también debido al avance científico, cuyos datos no permiten ya la clásica asignación binaria; y finalmente, 3) la crisis o la evidente mutación actual de la epistemología de la diferencia sexual dará lugar en las dos próximas décadas a otra epistemología.

Ahora bien, y en un sentido práctico, por así decirlo, cotidiano, vivencial, ¿cómo explorar estas experiencias del borde o de la línea del borde (retomando a Derrida)? ¿Cómo o de qué manera «Dejar de suponer y empezar a experimentar» (Preciado)? Dejar de suponer que sabemos lo que es un hombre y una mujer, la masculinidad y la feminidad, dejar de suponer que sabemos incluso lo que somos. Preciado evoca su propio proceso (que de ninguna manera nos atreveremos a reducir bajo la simple etiqueta «trans») y afirma que en este se han dado dos leyes más fuertes que todas las normas sociales inculcadas por la educación patriarco-colonial del período de su niñez, en la España tardofranquista y de transición a la democracia: ante todo, detectar y abolir el «terror a no ser normal» impuesto a su cuerpo infantil y, en segundo lugar, aún más difícil de cumplir, negarse todo tipo de simplificación. «Dejar de suponer y empezar a experimentar», como único camino posible para la descolonización, la desidentificación y la desbinarización del cuerpo: en el caso de Paul B. Preciado, un «devenir hombre» (con el permiso o el perdón de Deleuze) que no implicaría una masculinización como anhelado resultado final, sino tan solo un medio en el propio cuerpo hablante, una vía de escape, un *bord(e)ado* más de la línea del borde (un nuevo yugo, otra jaula a la postre) «para mostrar mejor la falacia que subyace a todas las identificaciones de género» (2020, p. 43). En este sentido, como fácil será advertirlo, la experimentación lo es –además de con el cuerpo propio–, ante todo y sobre todo, con el discurso, con el lenguaje.

Por descontado, no es Preciado la primera ni la única persona no binaria que experimenta con la escritura. De hecho, si uno de los propósitos que pudieran animarnos fuera el (elemental, prioritario, básico) de reflexionar acerca de lo que a la escuela y, en general, al sistema educativo le compete en la configuración/reproducción (y eventualmente, por qué no, la descomposición) de los esquemas identitarios de género hegemónicos, derivados –incluso con efectos retroactivos para la tradición– de la clásica taxonomía médica establecida a mediados de los años cincuenta

del pasado siglo por el psicopediatra norteamericano John William Money, es decir, y por simplificar, aquellas ideas de lo que debe ser un niño y una niña, o en proyección un varón y una mujer, o en abstracción, lo masculino y lo femenino, etc., experimentar con la escritura y, más en concreto, con la escritura autobiográfica (incluyendo cuanto esta pueda y deba tener de ficción) se revelará pronto como una actividad de evidente relevancia y múltiples posibilidades. ¿Sería aventurado solicitar tal posibilidad para la escuela, desde la educación? ¿Lo sería mostrar que ya se ha hecho, que ya se hace, aunque contra viento y marea en muchas ocasiones?

La narrativa en primera persona –que, como bien sabemos, nunca es una persona única (esto sería otra banal ficción a saber al servicio de qué extraños intereses narcisistas), sino el tramado con otras voces, incluyendo las propias: recordemos cómo para Deleuze la psicología era a la poste política pura, dada la necesidad de establecer relaciones humanas consigo– puede ser un modo poderoso de perturbar el orden de autoridad en la jerarquía del saber, una práctica de autoafirmación política de la disidencia sexual, como ha afirmado la activista argentina val flores.⁵ La posibilidad de autonarrarse, de romper con todo tipo de supuestos y comenzar a experimentar de este modo puede propiciar espacios para pensar la escuela en su cometido de producción de subjetividades, puede servir para reconocer el papel que jugamos –estudiantes y docentes– en la trama o trabazón gramática de la educación por la que a menudo se nos cuelan, naturalizan y refuerzan concepciones y prácticas binarias con un claro a la par que oscuro –valga el juego de palabras– cometido desigualitario, opresor y discriminativo. A fin de cuentas, como señala flores (2017, p. 20), «esta gramática de la escritura escolar es un dispositivo estético en cuyo escenario se libran batallas sobre el mundo sensible y sus modos de (in)teligibilidad», y, por lo tan-

5. «Escritora activista de la disidencia sexual tortillera feminista heterodoxa cuir masculina maestra prosexo vegana border de las instituciones», como se ha «definido» recientemente, val flores es en nuestra lengua un referente indispensable a la hora de considerar, poner en juego y apreciar las posibilidades de la escritura ensayística/poética en su trabazón performativa con modos de intervención crítica en los espacios de lo estético-político-pedagógico. En nuestras queridas Facultades de Ciencias de la Educación españolas tendría que ser obligatorio contar en seminarios múltiples con su presencia, por más virtual que fuese.

to, modificar los relatos y las maneras en que narramos lo que hacemos, dejar de suponer y experimentar con las voces, será también una manera de transformar los modos de vida.

Si esto fuera posible, poniendo cada cual su granito singular/plural de arena, propiciando formas de experimentación individuales tanto como colectivas capaces de cambiar la mirada y los gestos en la vivencia cotidiana –más allá de la clásica superación dialéctica de la interpretación/transformación del mundo–, aún habría lugar para la esperanza, para reivindicar con fuerza y sentido, tal vez –sin duda– por la vía semántica y múltiple de las feminidades y masculinidades feministas, una educación al fin posbinaria y desesgada, para la vida y en la vida, apta para creernos, para crearnos, para habitarnos, para desbordarnos. En definitiva, para (des)hacernos juntxs.

Referencias bibliográficas

- Cărtărescu, M. (2017). *Solenoide*. Madrid: Impedimenta.
- De la Vega, E. (2014). *Diversos y colonizados. El sueño multicultural de la escuela*. Rosario: Homo Sapiens.
- Deleuze, G. (1988). *Péricles et Verdi. La philosophie de François Châtelet*. París: Les Éditions de Minuit.
- Derrida, J. (1998). *Aporías. Morir –esperarse (en) «los límites de la verdad»*. Barcelona: Paidós.
- flores, val (2013). *Interrupciones. Ensayos de poética activista: escritura, política, pedagogía*. Neuquén: La Mondonga Dark.
- flores, val (2017). Escrituras del roce. En: Peláez, A. y flores, v. (coords.). *F(r)icciones pedagógicas. Escrituras, sexualidades y educación* (pp. 15-22). La Plata: EDULP.
- Foucault, M. (2006). *Seguridad, territorio, población. Curso en el Collège de France (1977-1978)*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Labrador Méndez, G. (2017). *Culpables por la literatura. Imaginación política y contracultura en la transición española (1968-1986)*. Madrid: Akal.
- Laqueur, T. (1994). *La construcción del sexo. Cuerpo y género desde los griegos hasta Freud*. Madrid: Cátedra.
- Mérida Jiménez, R. M. y Peralta, J. L. (eds.). (2015). *Las masculinidades en la transición*. Barcelona: Egales.
- Preciado, P. B. (2020). *Yo soy el monstruo que os habla. Informe para una academia de psicoanalistas*. Barcelona: Anagrama.

